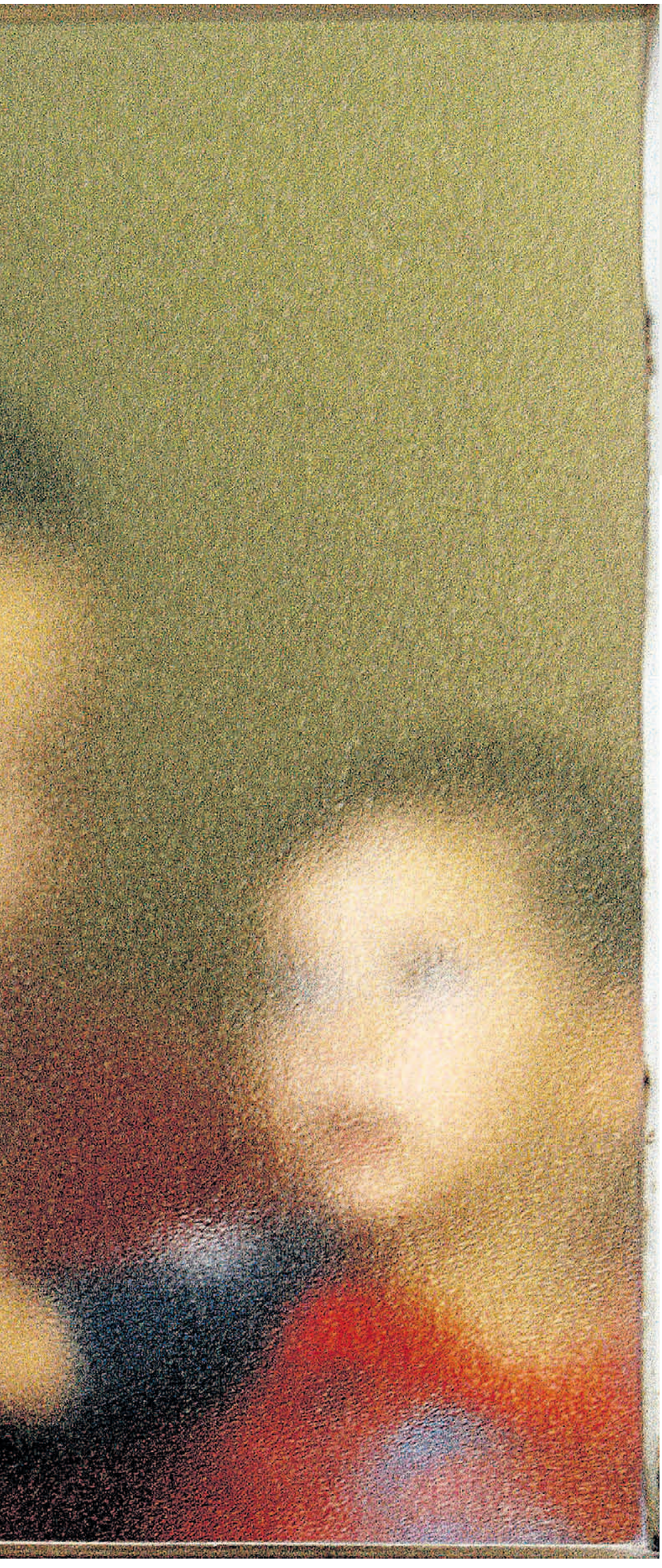
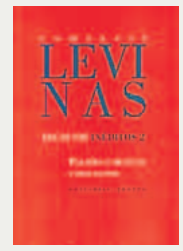


LA RAZÓN AL PODER
Boris Groys/Vittorio Hösle, Pre-textos, 120 pp., 14 euros.



ESCRITOS INÉDITOS 2
Emmanuel Levinas, Trotta, 248 pp., 22 euros.

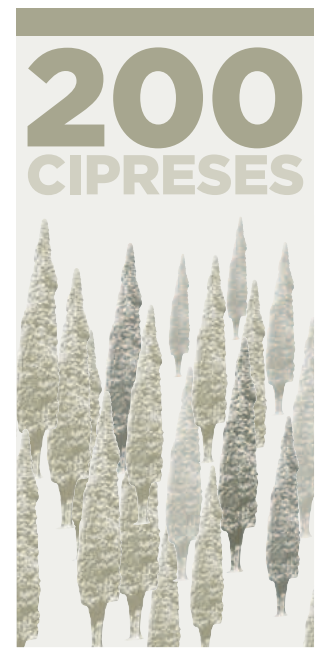
LA FILOSOFÍA PASADO EL MAÑANA
Stanley Cavell, Alpha Decay, 432 pp., 34,90 euros.

CINCO MEDITACIONES SOBRE LA MUERTE
François Cheng, Siruela, 132 pp., 16'95 euros.

nas hace tiempo, F. Cheng se situaba en el cruce del pensamiento de oriente y el occidental y desde esa conexión indaga aquí, en las antípodas del nihilismo triunfante, sobre lo finito, aunque parezca paradójico desde lo que denomina, en onda rilkeana, «la vida abierta». No es de extrañar, en este sentido, que su manera de enfrentarse, y aun superar, la muerte no se fundamente en dogma alguno ni en resurrecciones ni en reencarnaciones, sino que «invierte nuestra percepción de la existencia humana y nos invita a considerar la vida a la luz de nuestra propia muerte, ya que la conciencia de la muerte vuelve a darle todo su sentido a nuestro destino, que forma parte integrante de una gran Aventura en devenir». Razón por la que desemboca en la poesía, la voz de los muertos, a cuyo cobijo se consagra la meditación final, si bien en la primera, por caso, ya se apoya en Rilke en relación con el taoísmo, para afirmar al cabo que «en el retorno al Origen se encuentra la fuente de la verdadera Duración».

Más acá de lo posible, que es como muchos juzgan la política -el arte de lo posible–, entre otras ideas originales y creo que bien orientadas, Groys considera que el liberalismo y el Estado de Derecho del que aproximadamente disfrutamos no son fruto, como por regla general se mantiene, de la Ilustración, sino de cierta reacción anti-ilustrada tras el estallido revolucionario y su sanguinario desenlace, que equipara, en cuanto al desastre provocado por el imperio de lo racional, al comunismo, que tanto sufrió. Hösle tiene más apego a la razón, con matices bastante convincentes y, sobre todo, es partidario de la ascesis hacia la autoregulación ética del individuo como pilar de la convivencia y del futuro.

Autoregulación ética que destila 'La filosofía pasado el mañana', donde Cavell muestra su filosofía sin aspavientos ni desviaciones ontológicas o metafísicas, raseando sus penetrantes impresiones analíticas gracias a diez ensayos que abarcan de Shakespeare a F. Astaire, por poner dos extremos, del cine a la ópera o el coleccionismo, de Schopenhauer a Emerson, pasando por su admirado Wittgenstein, novelistas como Jane Austen, George Eliot y Henry James. O Heidegger y Thoreau, extraña conexión, a quienes empareja, trazando intersecciones y divergencias sorprendentes. Siempre siguiendo el principio de que la capacidad de alabar es el mejor antídoto contra la amenaza contemporánea, de todos los tiempos, del escepticismo, del escándalo de su sinsentido, además de ser aspecto cardinal para el reconocimiento del otro, con lo que volvemos a Levinas, cuyas ideas, en torno a la vulnerabilidad y el fracaso que para el hombre comporta la ingratitud, confronta en uno de sus textos académicos.

Hösle y Groys tratan en su discusión, en todo caso, de forma loable, de superar el creciente malestar de la modernidad y su potencial autodestructivo conducente al colapso ecológico; de buscar un equilibrio, bajo el imperio de la ley y la división verdadera de poderes, que impida caer en una crisis total como la que condujo en los años veinte del siglo anterior a los totalitarismos. Pues, como afirmara Joseph Brodsky, con mucho conocimiento de causa, «resulta preferible ser un completo fracaso en una democracia que un mártir, o 'la crème de la crème', en una dictadura».

Por mi parte, pienso que la lógica del capitalismo rampante conduce a la aniquilación espiritual –aunque no también a persecución y eliminación física, que ya es, como sucede en cualquier totalitarismo–, por lo que este suplemento no deja de ser, de facto, como la creación artística o literaria que no se ha rendido y entregado al mero comercio puro y duro o a la destrucción de los cimientos de nuestra cultura, un foco inútil, frágil y heroico de resistencia. Larga vida a 'La sombra del ciprés'. A quienes, aún muchos, en su defensa de la necesidad del arte, con la seguridad de perder la batalla, no cejan en su empeño de salvar lo que se pueda de aquello que debería perdurar, sin someterse a los gustos ordinarios del público y del mercado ni liquidar tranquilamente, por el otro extremo, siglos de tradición y posos estéticos y éticos.